
LIBRO

Alfredo Jocelyn-Holt: *El peso de la noche.*
Nuestra frágil fortaleza histórica
(Ariel: 1997)

ALFREDO JOCELYN-HOLT:
EL PESO DE LA NOCHE. NUESTRA FRÁGIL
FORTALEZA HISTÓRICA

Enrique Barros

El “peso de la noche” es una escéptica y melancólica frase con que Portales caracteriza el orden que regía en el Chile de su época. En el título de la nueva obra de Alfredo Jocelyn-Holt esa frase aparece asociada a una advertencia paradójica acerca de la fragilidad de nuestra fortaleza histórica. Ya ese título expresa un tono inquietante. Y, en verdad, este conjunto de ensayos, reunidos en una obra provocativa, nos da claves para comprendernos, no sólo a partir de nuestras fortalezas relativas, sino de nuestra fragilidad como país.

Luego de su espléndido estudio sobre *La independencia de Chile*¹, el autor centra su atención en el período que sigue a Lircay, especialmente en el ciclo político que tiene sus orígenes marcados por el liderazgo del ministro Portales.

Muchas ideas matrices de este ensayo provienen de esa obra anterior sobre la independencia, que culmina precisamente en 1829. La principal es

ENRIQUE BARROS. Abogado. Doctor en Derecho, Universidad de Múnchen. Profesor de Derecho en la Universidad de Chile. Miembro del Consejo Directivo del Centro de Estudios Públicos.

¹ Alfredo Jocelyn-Holt L. *La independencia de Chile* (Mapfre, 1992). Véanse las reseñas de Carlos Peña G. e Iván Jaksic en *Estudios Públicos*, 53 (verano 1994), p. 313 ss.

que la configuración social y económica del Chile republicano tiene sus raíces en el siglo XVIII. Ya entonces se desarrollaron en la elite criolla un espíritu de pertenencia y expectativas de autonomía. Con todo, la independencia aparece como una coyuntura inesperada, más que como el resultado de una decisión política. Por lo mismo, donde mayores cambios se producen a su siga es en torno al problema del poder. El orden social y económico permanece esencialmente inalterado; incluso el derecho español continúa vigente, pero la monarquía burocrática de los borbones, que extendía sus brazos hasta ese fin del mundo, ha desaparecido del horizonte. De ahí en adelante, el problema central que debió resolver la sociedad chilena fue político. En el terreno cultural, fue necesario justificar un nuevo orden que carecía de legitimidad tradicional. El propio Estado se ocupó de crear y expandir símbolos de una nación cohesionada, cuyos orígenes, por lo demás, también se encontrarían dibujados en los esfuerzos que debió emplear la elite para neutralizar el centralismo borbónico. En suma, la independencia planteó un problema inédito: el del poder. El problema clave pasó a ser la tarea y la conducción del gobierno.

La obra de Jocelyn-Holt plantea una tesis provocante: el autoritarismo político que se inicia en Lircay tiene por trasfondo el propósito de la elite de controlar el Estado para evitar que éste se emancipase. Así, el régimen llamado portaliano tiene una doble cara: implacable en ejercer la autoridad; el poder desnudo, en opinión de sus críticos. Pero, simultáneamente, como la personalidad del propio Portales, el régimen tiene una cara liberal, dada por una elite conservadora, pero sensible al cambio; que acepta la liberalización de la economía y que asume el tema cultural como constitutivo de su identidad y de su legitimidad.

El Estado que se forjó en Lircay impuso el orden por la razón o la fuerza, como expresa el antiguo lema numismático, que luego fue incorporado en el escudo nacional; su objetivo fue la paz social y el sometimiento de todos por igual a la autoridad. Sin embargo, según la tesis de Alfredo Jocelyn-Holt, el verdadero actor social de la época es una elite tradicional abierta al progreso. Pocos revelan de mejor modo esta dialéctica de conservación y cambio que Andrés Bello, el gran hijo adoptivo de la sociedad chilena del siglo XIX. Abierto al mundo y convencido liberalizador de las instituciones vinculadas a la economía y al saber, fue, al mismo tiempo, un conservador escéptico del cambio en materia de las costumbres y un profundo averso a todo desorden.

Chile vivió a mediados del siglo XIX, en opinión del autor, un proceso cultural muy intenso al interior de la propia elite dirigente. Se da una suerte de tribuna en que un “público de hombres instruidos en el uso

público del entendimiento” constituyen “una esfera de comunicación que supone una conciencia política orientada por leyes generales y abstractas que corren en una dirección contraria al poder absoluto”. Este mundo cultural, el de las ideas y sentidos, constituye un espacio público intermedio que posibilitó la existencia de márgenes importantes de libertad, si se considera la época, y estableció un límite implícito al autoritarismo que marcaba la política.

La obra muestra en rápidos vistazos prospectivos, que recién en el siglo XX el Estado asumió el rol orientador que antes había tenido aquella clase dirigente. El autoritarismo cambia de sujeto y de alcance. Ahora es el Estado el sujeto protagónico, y su influencia se extiende a un ámbito ignorado en la época del antiguo autoritarismo político: el gobierno de la sociedad. Incluso la revolución capitalista tiene su origen en el *homo faber* político; es producto de una dictadura que se propuso cambiar el país. No es el resultado de una cultura preexistente de libertades espontáneamente asumidas, sino, al revés, el objeto de una decisión política, que se impone desde arriba. Responde a una estrategia de desarrollo, que se impone como un “modelo”.

Por eso, me permito sugerir que la evolución hacia una sociedad civil más amplia y más vital pasa hoy por una reforma que el propio Estado haga de sí mismo. El tema no es tan distinto al planteado por Portales en su famosa carta al ministro Tocornal.

Alfredo Jocelyn-Holt acentúa esta radical diferencia entre el Estado actual y el de los inicios de la república. Así, refuta también las tesis tradicionales acerca del papel histórico del Estado en la construcción del orden cultural y social del siglo XIX. Tanto para la historiografía liberal, como para la conservadora, el agente de progreso en el siglo XIX chileno es el Estado. En la primera, porque un hecho político, la independencia, habría producido un cambio hacia una cultura republicana y liberal; en la conservadora, por el contrario, porque el Estado fue capaz de enfrentar a esas ideologías foráneas y utópicas, estableciendo una autoridad que permitió la subsistencia y progresiva adecuación, sin saltos discretos, del orden social y jurídico proveniente de la época colonial.

En este punto, el autor reafirma en esta obra algunas de las tesis principales que había sostenido en su estudio sobre la independencia. Ésta llegó casualmente a Chile. A diferencia de lo ocurrido en Estados Unidos, el nuevo orden no fue objeto de un discernimiento filosófico y político *ex ante*, que diera lugar a una constitución expresiva de un sentido jurídico madurado en una especie de situación originaria. Por lo mismo, la independencia no tiene en Chile un papel fundacional respecto del orden social.

Sólo a nivel del Estado, más precisamente del gobierno, la nueva situación plantea desafíos prácticos, de creación de un nuevo régimen, y retóricos, de justificar las nuevas instituciones carentes de legitimidad tradicional.

De este modo, lo característico de la sociedad chilena de mediados del siglo XIX no es un ideario político abstracto, sino la capacidad política para crear paz social a pesar de las revueltas, del bandolerismo campante y de los conflictos externos. Y la justificación del gobierno radica en el absoluto predominio de lo público, por sobre todo otro interés, lo que se expresa en una especie de “ética del deber”, en que la dedicación a tareas del Estado supone una renuncia radical a las dulces ventajas del favor y la amistad, e incluso de la misericordia: “si mi padre conspirara, a mi padre fusilaría” llegó a decir Portales.

El Portales que muestra Jocelyn-Holt es un personaje escéptico, que mira a Chile desde su lado más oscuro. No es Chile un país que tenga la moderación que exigen las instituciones democráticas: “la democracia que tanto pregonan los ilusos es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud”. La aplicación de la ley está entregada, como también denunciaba Bello en esa misma época en *El Araucano*, el diario oficialista, al favor y a las influencias. Por eso, según Portales, “en Chile la ley no sirve para otra cosa que no sea producir la anarquía, la ausencia de sanción, el libertinaje, el pleito eterno, el compadrazgo y la amistad”. Ante la debilidad de las instituciones, el único camino para imponer una regla igual para todos es mediante “un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo”, esto es, mediante el poder ejercido “con honradez y sin espíritu de favor”, aunque ello signifique “echar al carajo a Egaña con sus citas y sus demostraciones legales”.

El Estado no asume la conducción de la sociedad como lo haría más tarde, sino, a la manera conservadora, es factor de garantía de que las cosas marchen por sí mismas; que nadie, los militares, la Iglesia, la propia aristocracia, ni los intelectuales, se salgan del carril. Pero, ante todo, la gran tarea del gobierno es evitar el mayor de los males, el desorden.

Desde esta perspectiva es planteada la tesis que conforma el corazón de la obra: la idea de que ese orden que constituye nuestra fortaleza histórica es tremendamente frágil e inestable. Según Portales, “el orden social se mantiene en Chile por el peso de la noche, y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y cosquillosos. La tendencia general de la masa al reposo es la garantía de tranquilidad pública”.

Esta descripción desolada aparece en un contexto interesante que quisiera destacar: se trata de esa larga carta que Portales, radicado en Val-

paraíso, escribe en 1832 al ministro Tocornal, quien ha invocado su colaboración. Portales opina que, aun cuando todo está por hacerse, “pensar en una organización formal, general y radical, no es obra de los tiempos”, porque no se cuenta con las personas capaces y dedicadas, ni con la voluntad política del gobernante. Sin embargo, propone comenzar por una nueva constitución que ponga en orden la casa y por leyes precisas que detallasen las obligaciones y facultades de intendentes, cabildos, jueces, y de todo empleado municipal o provincial. También respecto de la justicia señala una recomendación similar: ya que no es posible reformarla de raíz, es tarea del gobierno velar “incesantemente por que ella sea menos mala, corrigiendo los abusos que tienen su origen en los jueces más que en la legislación”.

Pienso que la parte final de la carta, que pone su acento en las tareas, es tan interesante como la primera, que contiene el diagnóstico. El peso de la noche, la quietud del que duerme, ha llegado a ser la única garantía de la paz precisamente porque el país carece de un Estado en forma que pueda cumplir su función esencial, como garante del orden y de la paz social, y hacia allá hay que orientar los esfuerzos.

En definitiva, el quiebre producido por la Independencia en las legitimidades políticas tradicionales planteó, según el autor, el desafío inédito de lograr gobiernos estables, amparados constitucionalmente y con apoyo del orden establecido. Ello no significó que el Estado asumiera rol protagonista en la economía o la sociedad. La clave del siglo XIX chileno está dado por la cultura pública de la elite y no por el gobierno. Incluso en la fundación de la Universidad de Chile el autor visualiza primordialmente una idea que surge al interior de la propia elite, que asume la cultura como un tema nacional. Este acento resulta en extremo interesante, porque muestra que la historia de Chile estuvo marcada en esa época por un interés por lo general, por lo común. Este ámbito público no se identifica, al menos esencialmente, con la organización del Estado, de modo que constituye un vigoroso germen de opinión pública y, desde luego, de libertad.

En fin, Alfredo Jocelyn-Holt se permite plantear, en el estilo ensayístico de esta obra, hipótesis arriesgadas, contra la corriente, que, sin embargo, parecen esenciales para comprendernos como país. La historia enseña acerca del carácter. Tiene necesariamente algo de introspección que persigue descubrir lo esencial. Y ahí aparece, una y otra vez, el concepto que recorre todo el ensayo, el orden.

En un sentido positivo, el orden responde a los significados, a las jerarquías, a los principios y las reglas, que espontáneamente observamos en nuestras relaciones recíprocas. En este sentido más fuerte, el orden se

define como el tejido invisible que da forma a nuestras acciones. Este orden, cuando está asentado en las costumbres, se resiste al cambio discreto. No conoce grandes saltos. Es el tercer mundo de la cultura, de las ideas, incluidos el derecho y la moral, a que alude Popper en su obra tardía. Más que los fenómenos políticos externos, es este orden, en opinión de Alfredo Jocelyn-Holt, la clave que permite una comprensión más aguda del período que analiza. Y todo me indica que el camino adoptado es prometedor.

Así y todo, me ha quedado la impresión de que el progresivo desarrollo de un cierto Estado en forma, construido a partir del autoritarismo y pragmatismo extremos representados por Portales, tuvo un papel más decisivo para el progreso de la economía y la cultura que el que quisiera reconocer el autor en el espíritu polémico de su obra. Por cierto que el orden en su sentido más elemental de paz social no es suficiente para que se produzca esa evolución. Y en eso hay experiencias abundantes en este siglo. Ese mismo orden elemental, sin embargo, es condición necesaria para que florezca la actividad humana asociativa. Y en el caso chileno, parece haber sido condición para ir estableciendo, paso a paso, como el propio Portales recomienda a Tocornal, “un ejemplo de imparcialidad, de orden, de respeto a la ley que insensiblemente irá fijando una marcha conocida en el gobierno”, evitándose los males que minan “los cimientos de la moral pública” y que actúan “rompiendo los vínculos que sostienen a los hombres reunidos”. No puedo dejar de reconocer en la materialización de estas ideas algunos de los mejores momentos de la historia del país.

Pero la noción de orden también aparece dialécticamente como la idea que se opone al desorden. Este orden, que en verdad constituye nuestra temprana fortaleza política relativa, es frágil e incompleto. Y aquí aparece la sutil diferencia del enfoque de esta obra respecto de la historiografía que me resulta conocida. La historia, como disciplina comprensiva de obras humanas, jamás se plantea en el vacío. Según un principio hermenéutico muy conocido, las preguntas del historiador son determinantes en su búsqueda de sentido. Y por cierto que las preguntas que Alfredo Jocelyn-Holt formula para desentrañar profundas conexiones de sentido en la historia de Chile están marcadas por las experiencias de su generación. La suya es una mirada desde “adentro” de la historia. Antiguos mitos acerca de la fortaleza de nuestras instituciones se han derrumbado luego de la tragedia de los 70. A pesar de sus fortalezas relativas, Chile ha vivido asomado al abismo; desde los tiempos de la conquista. Lo mismo vale para nuestra historia republicana, marcada en todos sus hitos más decisivos por la revuelta y la periódica actuación decisiva de los militares. Aun en períodos de orden, ha coexistido un mundo en que, como dice el autor, invocando a Mario Gón-

gora, “el bandolerismo y vagabundaje se confunden con la montonera y la guerrilla, con la desertión de soldados, en fin, con el desplazamiento, la transhumancia permanente de una sociedad ‘marginal’, anómica o simplemente delincuente” que “carece de estatuto, privilegios u organización”.

El moderno peso de la noche, la inercia que sostiene el orden, está hoy dado probablemente por el crecimiento económico, por las expectativas de progreso material y por el circo en gran escala de los medios masivos de comunicación. Como sostiene la sociología crítica, el sistema en su conjunto se sostiene en la capacidad de la economía para alimentar expectativas que siempre se renuevan, alimentando la hoguera incesante del crecimiento.

En una sociedad más compleja, como ha devenido la chilena, el desafío que se plantea presenta ciertas analogías con el diagnóstico de Portales: un Estado anticuado, que es el mismo de hace 50 años; una sociedad civil que está adormecida en su función vital de mediación; un deterioro creciente en la consideración social de lo público. Como entonces, hoy resulta crítico el liderazgo, que es a la política como el dinero a la economía o la verdad a la ciencia.

El paso del orden puramente negativo a uno positivo es una tarea ardua, siempre pendiente. Especialmente en un país donde la angustia aflora fácilmente con el desorden. Y con razón, porque, como nos muestra Alfredo Jocelyn-Holt desde las páginas iniciales de este ensayo barroco, lleno de ideas recurrentes, Chile ha vivido periódicamente en el abismo. Ante tanta complacencia satisfecha que hoy día nos rodea, este ensayo ofrece una saludable invitación a que, sin máscaras, nos miremos en el espejo. □